

IN MEMORIAM

Gustavo Becerra Schmidt (1925-2010)

Para la *Revista Musical Chilena* constituye un señalado honor el haber contado con la colaboración permanente de la pluma de Gustavo Becerra. En las décadas de 1950 y comienzos de 1960 escribió trabajos señeros sobre la creación y los compositores de Chile y de América Latina. Fueron visionarios sus artículos sobre la música electroacústica en la época en que despuntaba su cultivo en Europa, América Latina y Chile. Asimismo, marcó una época la serie de artículos sobre la “Crisis de la enseñanza de la composición en Occidente”, los que, en su hondura y amplitud de enfoques, se mantienen plenamente vigentes en el día de hoy. En estos planteó una metodología renovada de la enseñanza de la composición, que sirvió de base para la formación de músicos, compositores y musicólogos que tienen o han tenido un papel relevante tanto en Chile como en el extranjero.

Esta colaboración con la *Revista Musical Chilena* se mantuvo incólume a pesar del advenimiento del Gobierno Militar en Chile, a contar de septiembre de 1973. Gustavo Becerra debió entonces partir al exilio, después de haberse desempeñado como Agregado Cultural de Chile en la República Federal de Alemania, del Gobierno del Presidente Constitucional, Dr. Salvador Allende Gossens.

Se estableció en Alemania, como profesor de la Universidad de Oldenburg, institución en la que desarrolló un quehacer académico tan amplio, abarcador y fecundo, como el que anteriormente desarrollara en la Universidad de Chile, institución que lo nombró con la calidad de Profesor Emérito el año 1993. Notable en tal sentido fue la permanencia de su quehacer tanto para la cultura alemana que lo acogiera generosamente como el puente que estableció entre ésta y la cultura de Chile y América Latina, dentro del concepto de la “patria portátil” que visionariamente acuñara en la década de 1950.

Esta experiencia fecunda la destiló en trabajos publicados en la *Revista Musical Chilena* con posterioridad a 1973, los que han abarcado temas tan novedosos para nuestros lectores como han sido su visión del cultivo académico de la música en la Universidad de Oldenburg, o la relación entre retórica y la música como uno de los retos medulares que enfrenta la musicología de hoy.

Luis Merino Montero
Facultad de Artes, Universidad de Chile, Chile.
lmerino@uchile.cl

Becerra y los de 1925

El año 1925 fue generoso para la música chilena. Nacen entonces cuatro compositores, aunque de naturaleza muy diferente, de méritos dignos de ser considerados. El 23 de agosto nace en Temuco Gustavo Becerra, uno de los más grandes del siglo XX en Chile. A él se agrega el 8 de marzo Darwin Vargas, oriundo de Talagante –tierra de artesanías–, místico y reflexivo, cuya obra aún se conoce poco. El 26 de ese mismo mes, en Santiago, se suma Claudio Spies quien, desde muy joven, es apreciado como estudiante y profesor en Estados Unidos, cuya pequeña producción casi no se conoce en su país natal. El 23 de diciembre, en Santiago, nace Carlos Riesco, creador de rigurosa técnica, tradicional discurso y gran espontaneidad. Dos de éstos han sido agraciados con el Premio Nacional de Arte, Becerra y Riesco.

A Becerra lo conocí de adolescente en la sala en la que el maestro Pedro Humberto Allende recibía colectivamente a sus alumnos, en el segundo piso del Conservatorio Nacional de Música, en la Calle San Diego. Ahí llegaban semanalmente Alfonso Letelier, René Amengual, Pedro Núñez, Armando Urzúa, yo y otros. A ninguno dejaba de sernos evidente cómo el profesor distinguía a

Becerra, y también el interés de los trabajos que presentaba en cada lección, los que ya en esa temprana edad revelaban no sólo un talento excepcional, sino que una sorprendente capacidad para desarrollar sus ideas.

Su formación académica en la música se inició a los 10 años, a la que muy pronto agregó la de un inteligente autodidacta y pensador, capaz de descubrir por sí mismo los más ricos cauces de la técnica, el análisis y la composición. Llegó así a reunir un vasto y surtido catálogo de compositor, distinguirse como un profundo pensador en la docencia e investigación y, además, desempeñarse durante un tiempo en el espacio de la administración. Muchos de sus alumnos, activos hoy, se han destacado en la creación musical de Chile y tres de ellos han sido reconocidos con el Premio Nacional de Arte, Fernando García, Cirilo Vila y Miguel Letelier.

A los 25 años ya había escrito un número importante de obras que incluían música incidental para el teatro, composiciones para instrumentos solistas y conjuntos de cámara, un hermoso *Concierto*, para violín y orquesta, y el *Cuarteto* N° 1, para cuerdas, de sus siete obras de este género que, tal vez, representan su contribución más profunda a la música.

Sus viajes por Europa, pocos años después, le abrieron las puertas hacia nuevos horizontes en la didáctica de la composición, que formuló en sus escritos sobre “Crisis de la enseñanza de la composición en Occidente”, ocho artículos publicados sucesivamente en los números 58 al 65 de la Revista Musical Chilena, de los años 1958 a 1959.

Produce un torrente de composiciones que parecen no excluir género alguno, desde su temprano neoclasicismo, pasando por el empleo de técnicas politonales y dodecafónicas, de fusiones con la tradición popular, procedimientos aleatorios hasta el empleo de los medios electroacústicos. En éstas y mucho más, se expresa dentro del espacio de una estética muy personal, afines a las motivaciones que le proveen sus ideas, en el momento histórico y sociopolítico en que le toca vivir.

La obra de Gustavo Becerra merece ser estudiada en profundidad y extensión, como lo han sido en Iberoamérica las de Heitor Villa-Lobos, Carlos Chávez, Silvestre Revueltas o Alberto Ginastera, por sus contribuciones a la música más allá de sus propias fronteras geográficas. La de Becerra es difícil conocerla en su totalidad dadas las dimensiones de su catálogo. Aun con esta limitación, me es posible destacar de épocas diferentes de su creación –además de su *Concierto*, para violín y orquesta– su *Sonata* N° 2, para guitarra; su *Sonata* N° 5 para violoncello y piano; sus *Cuartetos de cuerda* N° 4 y N° 6; sus *Sinfonías* N° 1 y N° 2; su *Concierto* para guitarra y orquesta, de 1964; su *Concierto*, para percusiones y orquesta, que enlaza un mensaje de paz; su oratorio *Macchu Picchu*, sobre el poema de Neruda, como obras del más original discurso y factura, y un par de sus atrayentes canciones en el estilo popular escritas para el conjunto Quilapayún.

Juan Orrego-Salas
Universidad de Indiana,
Bloomington, Estados Unidos
jucar@ciswired.com

Recordando a Gustavo Becerra

Conocí a Gustavo Becerra en el Conservatorio, cuando estudiaba composición. Yo había escuchado algunas de sus sinfonías, su concierto para violín y una obra orquestal, cuyo nombre no recuerdo, pero que a menudo programaba la Orquesta Sinfónica de Chile cuando se trataba de difundir música nacional. También conocía sus cuartetos de cuerda, que eran muy apreciados por los melómanos de esa época. Era un hombre de baja estatura, pero enérgico, que hacía sus clases moviéndose incesantemente de un lado para otro y que daba muestras de gran sabiduría. Sus condiciones musicales excepcionales eran reconocidas por todos y hasta alentaban una suerte de mito en turno suyo. Recuerdo que si de pronto, en medio de la clase, sonaba una cañería, se escuchaba un ruido proveniente de la calle o el sonido de unas llaves que caían al suelo, inmediatamente Gustavo decía: “Do sostenido” o “Re bemol”, y se dirigía al piano para comprobarlo. Siempre acertaba. Como profesor tenía un maravilloso poder para convencernos de que todo era fácil, de que todo era accesible, de que todo era cuestión de ponerse a trabajar. Ninguna idea musical de las que le llevábamos para